

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## 8. El pan de la fe

“Es más bueno que el pan”. Así alabamos la bondad sin matices de una persona. El pan es ese alimento diario que es siempre bueno. Lo que en otras culturas es el arroz o el maíz, en el ámbito mediterráneo es el pan de trigo. Nada hay más largo que un día sin él. Sin pan la vida no avanza, no se sostiene ni se hace fuerte.

Y sin embargo, también decimos que “pan con pan, comida de tontos”, y estar “empanado” es sinónimo de estar fuera de juego, distraído o pensando en las musarañas. Tampoco nos agrada que digan que tenemos “cara de pan”, es decir, ancha y redondeada. Y es que el pan no es suficiente. El pan es bueno, pero se acaba. “No solo de pan vive el hombre”, le dijo Jesús al tentador, “sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Así pues, el pan es un alimento sencillo y cotidiano, que es esencial pero no basta: nos remite a otro “pan” más elevado: el de la fe, el que procede del hablar de Dios, de su presencia comunicativa. Sin ese otro pan espiritual, el de trigo nos deja siempre insatisfechos e incompletos. “Pan y circo” era el método romano para apaciguar y contentar a la masa en tiempos de dificultades.

### a. Una imagen, una pregunta

¿En qué consiste este “pan de la fe”? Si la fe es pan es porque nos da de comer, nos fortalece para el camino de la vida. Pero, ¿qué comida y bebida puede aportarnos? ¿No es más bien un suplemento? La fe, más que pan, ¿no debería ser caviar u ostras, un alimento exquisito para unos pocos paladares?

El pan de la fe se manifiesta de una forma singular en la Eucaristía, el Pan de Vida eterna que trae Cristo. A lo largo de los siglos se fue desarrollando la reflexión sobre este misterio. En el siglo XIII, nació la fiesta del Corpus como himno de agradecimiento por este don tan singular. En la Eucaristía Dios está más cerca que nunca del hombre. Como estuvo en María durante nueve meses, ahora habita en el que comulga su cuerpo y su sangre.

Pero junto al gozo ante un Dios tan cercano, pequeño y humilde, puede surgir también la discordia y el deseo de tener un Dios grande y lejano, que no nos moleste ni cambie nuestra vida. En realidad, ya la predicación de Jesús (Jn 6) recibió críticas y murmuración. La pregunta que se nos plantea es: ¿habla la Biblia realmente de esta cercanía tan estrecha del Señor? ¿No se refiere más bien a una representación, a un lenguaje figurado? Decir “Esto es mi cuerpo”, ¿no querrá decir más bien “Esto *significa* mi cuerpo”?

### b. A la luz de la Escritura

Para la Sagrada Escritura, el pan es el medio de subsistencia básico. Carecer de él es carecer de todo (cf. el voto de Jacob en Gén 28, 20; Am 4, 6). Se trata de un don de Dios que es también

fruto del trabajo del hombre. En efecto, tras crear al hombre, y después de *recrearlo* tras el diluvio (cf. Gén 1, 29; 9, 3), Dios le explica qué es lo que puede comer: todo eso es regalo divino. La distancia entre “las hierbas que crecen en el campo” y el pan amasado y cocido, será fruto del trabajo humano.

En la Biblia, el pan es sinónimo de lo cotidiano. La vida se caracteriza por el gusto que da al pan: el que sufre y está abandonado por Dios, come “pan de lágrimas” o de ceniza (Sal 42, 4; 80, 6; 102, 10; Is 30, 20) o de alegría (Eclo 9, 7). El pecador come pan de impiedad (Prov 4, 17) o de ociosidad (Prov 31, 27).

El pan muestra también que la vida cotidiana está destinada a vivirse en común. El pan se reparte y es lugar de comunión. Comer el pan regularmente con alguien es ser su amigo, casi su íntimo (cf. Sal 41, 10; Jn 13, 38). La hospitalidad, deber sagrado, hace que mi pan sea el pan del viajero, del que llama a mi puerta (Gén 18, 5; Lc 11, 5.11). La experiencia en el exilio de Babilonia ayudó a Israel a entender lo que significa compartir el pan con el hambriento (Prov 22, 9; Job 31,17).

Como verdadero regalo de lo alto, la abundancia y la carencia de pan son signo de la bendición o del castigo de Dios por el pecado (cf. Sal 37, 25; 132, 15; Prov 12, 11; Jer 5, 17). Todo don viene de Dios, comenzando por el pan (cf. 2 Cor 9, 10). De modo singular, el Señor dio pan al pueblo cuando caminaba por el desierto, hacia la Tierra Prometida. “Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo” (cf. Ex 16, 1). En aquella ocasión no tuvieron que trabajar la tierra ni que sembrar o esperar el fruto: Dios aderezó para ellos “una mesa en medio del desierto” (Sal 78, 19). Israel se acordará siempre del milagro del maná. “A tu pueblo”, recordará el sabio, “le alimentaste con manjar de ángeles, les suministraste sin cesar desde el cielo un pan ya preparado” (Sb 16, 20). “Los hartó de pan de los cielos” (Sal 105, 40). Dios “les dio el trigo de los cielos; pan de los Fuertes (de los ángeles) comió el hombre” (Sal 78, 24-25).

Así pues, el pan nos habla de la solicitud singular de Dios por su pueblo. Ocurrió también en tiempos de Eliseo cuando aquella viuda y su hijo recibieron al profeta y ofrecieron lo último que les quedaba (cf. 2 Re 4, 42ss). Comieron y sobró.

Podemos entender así, el papel que jugaba el pan en el culto judío. Por una parte, en el templo se ofrecían los “panes de la proposición” (cf. Ex 25, 23-30; 1 Re 7, 48). Con ellos no se buscaba saciar el hambre de Dios, sino (cf. Jue 13, 16) significar la comunión de Dios con los hombres. Por otra parte, el pan era también signo de gratitud y reconocimiento a Dios, que hace crecer los campos (el pan de la primicia, cf. Lev 23, 17). Por último, el pan era recordatorio de la Pascua: del pan ázimo (sin levadura), que recordaba la salida con prisa de Egipto (Ex 23, 18; 34, 25).

En el Antiguo Testamento descubrimos también un camino en la comprensión espiritual del pan. El maná enseñó al hombre que “no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor” (Dt 8, 3). A partir de esta intuición, los profetas y los sabios van manifestando que existe un pan que no es de trigo y que es esencial para el hombre. “Vienen días, oráculo del Señor, en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahveh” (Am 8, 11). “Oíd, sedientos”, dice Isaías (55,1; cf. Prov 9, 1-5; Sb 16, 26; Si 24, 19-21).

En Jesucristo se unen y culminan las líneas abiertas en el Antiguo Testamento. Como un nuevo Moisés, Jesús dio también abundante pan (y peces) a la muchedumbre hambrienta que estaba como rebaño sin pastor (cf. Jn 6; Mt 14, 13-21...). Aquel día, “todos comieron y se saciaron” (Sal 78, 25; Mt 14, 20; 15, 37). En otra ocasión enseñó a sus discípulos a pedir al Padre “el pan nuestro de cada día” (Mt 6, 11).

A partir de ese pan de trigo, Jesús les invitaba a una comprensión más profunda. Al final de su largo ayuno en el desierto, le responderá al tentador que el hombre no vive solo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4, 4). Pues, en efecto, su alimento es hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34). Y después de la multiplicación de los panes, les invitará a reconocerle como “el Pan de la vida”, el “pan que ha bajado del cielo” (cf. Jn 6, 35.41). Para tener vida eterna es preciso comer su carne y beber su sangre.

Este discurso duro, para muchos motivo de escándalo y abandono, se cumplirá en la Última cena, cuando Cristo tome el pan y lo bendiga, diciendo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en conmemoración mía” (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 23; cf. Mt 26, 26; Mc 14, 22). La nueva Pascua, y a partir de ahí todas nuestras Eucaristías, se realizará también con pan ázimo, que será el signo del nuevo éxodo, la nueva liberación gracias a la sangre del Cordero, Jesucristo (cf. 1 Cor 10, 16-22; 11, 23-26). Lo que Jesús realiza misteriosamente en su última cena se llevará a cabo al día siguiente, con su muerte y resurrección. Fieles al mandato del Señor, los primeros cristianos, testigos del Resucitado, se reunirán para celebrar la fracción del pan.

### **c. Para dar vida en el mundo**

El recorrido por la Sagrada Escritura nos ha manifestado el deseo de Dios de alimentar a su pueblo y caminar a su lado. Ese deseo culmina con la llegada de Cristo, el Emmanuel, Dios-con-nosotros. Pero, ¿cómo nos alimenta la fe? ¿De qué vive el hombre?

#### **c.1. La familia vivirá de fe**

Si la fe fuera solo una doctrina, podríamos decir que esta nos alimenta con principios firmes, ofreciéndonos razonamientos para pensar bien, ideales elevados para no conformarnos con lo pequeño. Si la fe fuera solo una propuesta moral, diríamos que nos nutre con sus normas de conducta. Pero sabemos que la fe es mucho más que una decisión ética o una gran idea. Se trata del encuentro con una Persona, Jesucristo, que es capaz de transformar la vida y abrir un horizonte nuevo, una orientación decisiva (cf. *Deus caritas est*, 1). De este modo, la fe toma la forma de una amistad con Jesucristo, una relación con Él, que nos lleva al Padre.

Y, ¿qué tiene que ver esto con la vida? La vida no es una posesión que yo tenga para mí, ni tampoco algo que exista por sí mismo. Solo vivo en el intercambio con el mundo: respirando, comiendo, bebiendo... La vida, nos dice Benedicto XVI, “es una relación”. Más aún la vida en su totalidad “es relación con Aquel que es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida, entonces *vivimos*” (*Spe Salvi*, 27)

De esta manera, la fe es una vida nueva (el Bautismo fue un nacimiento) que nos alimenta en todo lo que somos y hacemos. No es alimento de un rincón de nuestra vida (el de la sacristía y la capilla), ni de algunas situaciones y momentos (la enfermedad, la muerte). Lo ilumina todo. El profeta Habacuc nos dice que “el justo vive de fe” (Hab 2, 4). La familia vive de fe, de su relación con la fuente del amor.

Solo de esta manera podemos superar esa dicotomía actual entre “la fe y la vida”, que convierte la fe en una teoría muerta, y la “vida” en un movimiento sin corazón. En realidad, la fe es pan, es alimento para vivir. Sin ella, aunque no perdamos peso, ni carezcamos de proteínas, grasas e hidratos de carbono, nos quedaremos desnutridos como personas. Sin la fe, sin la conexión con la Fuente de la vida, nos quedamos anémicos.

Pan es lo que los padres ganan para sus hijos con el sudor de su trabajo. Pero junto al alimento y el vestido, no podemos olvidar traer también el alimento y vestido de la fe. De otro modo, los hijos estarán bien nutridos, pero anémicos en vida cristiana, sin las proteínas de la fe, sin las vitaminas de la devoción a María...

En este sentido, la fe es verdaderamente pan. No es un lujo exótico (caviar, ostras o cigalas), al alcance de unos pocos, sino pan cotidiano. No es un capricho de los piadosos, ni un suplemento para los más exigentes, sino una necesidad vital. Sin ella la familia no vive: no es que no viva “cristianamente”, sino que no vive ninguna vida, y será casi imposible que sobreviva. ¿Cómo vivirán su amor los esposos, los padres y los hijos lejos de la fuente de todo amor?

## c.2. El pan eucarístico

Pero existe un lugar en el que la relación con Cristo alcanza su cumbre, un lugar donde la fe se transforma de forma única en alimento de la vida. Se trata del “misterio de la fe”: la Eucaristía. En un sermón de *Corpus Christi*, santo Tomás de Aquino se maravillaba ante ese Dios cercanísimo. Su homilía partía del gozo de Israel ante su elección: “¿Qué nación hay tan grande, que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está de nosotros nuestro Dios?” (Dt 4, 7). Lo que el pueblo de Israel intuía en el desierto, se ha cumplido ahora en la Iglesia. Ya no entrega Yahveh sus palabras a través de Moisés, con quien habla como a un amigo, sino que en Jesucristo Él mismo se ha hecho hombre, y por la Eucaristía se ha quedado en las manos y los corazones de los creyentes.

### Presencia verdadera

Ante un misterio tan insondable, en el siglo XVI se desarrolla un conflicto en torno a las palabras de Jesús: “Esto es mi cuerpo”. ¿Qué significa esto? El verbo “es”, ¿significa la presencia corporal con toda su fuerza? ¿No será un lenguaje figurado, que se podría traducir como un “Esto *significa* mi cuerpo y mi sangre”? Como señala J. Ratzinger, aquella discusión, centrada en una sola palabra y sacada de contexto, llevó, como era previsible, a un callejón sin salida. Como ocurre en la música o en la pintura, las palabras de una frase solo pueden entenderse desde la totalidad del conjunto.

Las palabras de la última cena hay que interpretarlas desde la totalidad de los evangelios. Vayamos, por ejemplo, al discurso del pan de vida (Jn 6). Jesús exige a su auditorio un camino: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida” (Jn 6, 53). Ante la crítica y el escándalo de los oyentes, Jesús podría haberles tranquilizado: “Serenaos, amigos, se trataba de una metáfora. Quería deciros que la comida significa la carne, no que lo *sea*. Era un modo de hablar”. Sin embargo, Jesús no edulcoró el discurso sino que siguió insistiendo: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”.

### Pan que se parte, pan que reúne, pan que transforma

La Eucaristía es presencia real de Jesucristo que se entrega por nosotros. Esto se manifiesta en que el pan se parte, se rompe, y así llega a muchos. Por eso los primeros cristianos llamaban a la Eucaristía, la “fracción del pan”. Esta presencia de entrega no es pasiva sino que posee una fuerza atractiva: es una llamada a la comunión con Él, a participar de su vida. De ahí otro nombre que recibió la Eucaristía: la *synaxis* o congregación. El pan procede de muchos granos de trigo esparcidos por el campo que llegan a formar una unidad gracias al agua con que se amasa la harina. De igual modo le entrega de Cristo nos reúne, es la fuente de nuestra comunión. Más que nuestras opiniones, gustos y gracias, lo que nos une es que hemos comido del mismo pan y bebido del mismo cáliz.

“Tomad y comed”. ¡Comerlo! ¿No es esto más grande que lo que nosotros podemos desear? Se trata de llegar a ser uno con el Señor, como lo es nuestro cuerpo con el alimento y la bebida (cf. Sal 62, 6). En realidad, no queremos solo conocer a Dios y amarlo, sino también tomarlo, retenerlo, poseerlo: ¡comerlo, beberlo, introducirlo en nosotros! Por supuesto, no osaríamos exigir esto por derecho propio si no fuera porque el Señor nos lo ha concedido. Cuando Jesús lo proclama, entonces decimos: así debe ser.

Agustín, devoto de la comunión, comprendió bien este misterio. Antes de su conversión no podía entender la dimensión corpórea del cristiano, tan lejana desde su idealismo platónico. En una ocasión se le reveló Dios con una visión: “Yo soy el pan de los fuertes, ¡cómeme! Pero no serás tú quien me transformes en ti, sino que yo te transformaré en mí” (Confesiones, VII, 10, 16).

Normalmente el hombre es el más fuerte: el que asimila el alimento, pero en este caso es Dios el que lo transforma en él. Por la fe, y de modo singular en la Eucaristía, llegamos hasta la unión íntima con Dios, con todo nuestro ser. “Mi corazón ¡y mi carne! claman ansiosos hacia el Dios vivo” (Sal 83, 3). No se borra, claro está, nuestro límite de criaturas, sino que somos transformados en Él. Es este el anhelo que él mismo ha puesto en nosotros. Se trata de una unión que no es mezcla ni confusión sino maravillosa unión de la vida real. Y esta es la obra del pan de la fe.

Para expresar la intensidad de esta unión eucarística, san Pablo comparó el momento de la comunión con la unión corporal que tiene lugar entre los esposos. “Pues está dicho: *Los dos son una sola carne* (Gén 2, 24). Y quien se une al Señor es un solo espíritu con él” (1 Cor 6, 17; J. Ratzinger, *La Eucaristía, centro de la Iglesia*). De este modo, entre la Eucaristía y la familia se da una estrecha unión. Por un lado, en el altar, la entrega de Cristo es el modelo y la fuente del amor de los esposos: como Cristo amó a su Iglesia. Por otra parte, la vida de los esposos, con su entrega diaria y permanente, es un signo vivo del amor de Cristo: es como una procesión cotidiana del Corpus. De ahí la importancia de acudir en familia a la Eucaristía, y de mimar la preparación del día del domingo.

Los primeros cristianos daban la vida por una misa, pues *sin domingo no podían vivir*. La familia cristiana acude a la misa para tener vida: no solo “vida cristiana” y devoción, sino vida, sin más, con todas sus letras: nos resulta imposible amar, sonreír, trabajar con esperanza, dormir, gozar, sufrir... sin ella. No es un “suplemento”, como el del periódico, ni algo opcional, sino que es la esencia de la vida.

Finalmente, la Eucaristía nos conduce a la adoración. La misa, digámoslo así, dura demasiado poco para comprender lo que se realiza en el altar. De ahí la necesidad de la adoración eucarística. Como decía hace años el prior de Taizé después de orar en la iglesia de una aldea católica, “este es un lugar habitado”, un hogar.

#### **d. Conclusión**

“Eres más bueno que el pan”. El pan es bueno, pero hay algo mejor y más grande, que puede llevarnos a renunciar a este si es preciso. El pan de trigo, bueno pero perecedero, nos conduce a ese otro que sacia para siempre: el de la fe, que es una amistad con Cristo, la unión con Él en la entrega de la vida.

“Mira lo que se lee en los Proverbios de Salomón: *Si te sientas a comer con alguien poderoso, mira y lleva la cuenta de lo que te es puesto delante, y mientras extiendas la mano, piensa que tú también deberás preparar algo semejante* (Prov 23, 1-2). ¿Cuál es la mesa del poderoso sino aquella en la que se recibe el cuerpo y la sangre de Aquel que ha dado su vida por nosotros? ¿Qué significa sentarse a su mesa, sino acercarse con humildad? ¿Y qué es eso de mirar y llevar la cuenta de lo que se pone delante, sino tomar conciencia del don recibido? (...). Es aquello que también dice al Apóstol Pedro: *Cristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas* (1 Pe 2, 21)” (San Agustín, *Comentario al Evangelio de san Juan*, 84).

#### **- Tres preguntas para el coloquio**

1. Como Cristo amó a su Iglesia. La entrega de Cristo es la fuente y el modelo de nuestro amor. ¿Qué significa esto? ¿Cómo nos ayuda esto a superar las dificultades en nuestra vida cotidiana?

2. En ocasiones, nuestra vida cotidiana no manifiesta la centralidad de la Eucaristía del domingo. Llegamos quizá tarde y sin preparación, sofocados por las prisas y sin leer antes las lecturas ni preparar el corazón. ¿Qué prácticas concretas pueden ayudarnos a preparar en familia con fruto la Eucaristía dominical? ¿Qué reunión familiar, nos ayudaría a vivir la Misa con más fervor y alegría?

3. La vida de los esposos cristianos ayuda a entender lo que significa la comunión con Cristo en la Eucaristía. ¿Somos conscientes de que nuestra misma vida de familia es ya apostolado, es ya evangelización? ¿Qué prácticas pueden ayudarnos a entender esto?

### - Compromiso de equipo

*Familiar:* Preparar en familia la Eucaristía del domingo, aprovechando, por ejemplo, el desayuno con la familia al completo.

*Del equipo:* Asistir a la Discipulada (18-19 de mayo)

### - Próximos eventos de Familias de Betania:

+ 18-19 de mayo: Discipulada.

+ Del 20 de mayo al 20 de junio se reactiva el **taller de estudio Forja** (C/ Moscatelar 16) para el periodo extraordinario de exámenes. Se asegura un clima de silencio y estudio. Hay plazas limitadas. Los que estén interesados pueden escribir a Antonio González Marsal ([famglzmarsal@telefonica.net](mailto:famglzmarsal@telefonica.net)).

+ Sábado, 15 de junio, Colegio Stella maris, Reunión conjunta de equipos de FdB

### - Para los interesados en más:

J. RATZINGER, *La Eucaristía, centro de la Iglesia*, Obras completas XI, BAC, Madrid 2012, 223-264.

BENEDICTO XVI, *Homilía del Corpus Christi*, 15 de junio de 2006

([http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/homilies/2006/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20060615\\_corpus-christi\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060615_corpus-christi_sp.html)).

### - Intenciones del Santo Padre para el mes de mayo:

**General:** Que quienes administran la justicia actúen siempre con integridad y recta conciencia.

**Misionera:** Que los Seminarios, especialmente los que se encuentran en Iglesias de misión, formen pastores según el Corazón de Cristo, dedicados por entero al anuncio del Evangelio.